

Los aspectos socioeconómicos del rol de las mujeres y su determinación en la etiología de la histeria en la burguesía vienesa de fines de Siglo XIX

Olga Epstein

Introducción

En la carrera de psicología de la Universidad de Buenos Aires, se presenta en diversas cátedras como material de lectura obligatoria, el texto freudiano “Fragmento de análisis de un caso de histeria”, conocido como el caso Dora, publicado en 1905. En general se plantea como un caso interesante para examinar la construcción de los conceptos psicoanalíticos, la causación de síntomas histéricos y estructura de la neurosis, los posibles modos de intervención del psicoanálisis, entre otras muchas razones. Pero es poco habitual tomar al caso como una fuente histórica, que permita dar cuenta no sólo de la singularidad de los avatares edípicos de Ida Bauer (verdadero nombre de la paciente de Freud), sino del contexto social, económico y cultural en el que su vida y la de Freud, tuvieron lugar. Llama la atención que no se considere en general este aspecto, y surge como pregunta si no se corre el riesgo de presentar al historial como una estructura neutra, independiente del tiempo y del espacio.

Se considera la elaboración de este informe como una buena oportunidad para abordar bibliografía que refiera a este tema, con la intención de arrojar una luz sobre los siguientes interrogantes que surgen a partir de preocupación mencionada: ¿Es posible afirmar que la histeria no está determinada solamente por la historia individual del sujeto histérico, sino que hunde sus raíces en la configuración específica del contexto social en el que se despliegan sus condiciones materiales de existencia? La bibliografía que trataremos sugiere una relación histórica entre histeria y feminidad: ¿Puede el rol de la mujer en una configuración socio-económica ser factor de causación de síntomas histéricos?

Se tomará el caso Dora, como ejemplo paradigmático para dar una aproximación de respuesta a estos interrogantes, aplicándolos al rol social de la mujer en la burguesía vienesa de las postrimerías del siglo XIX. Para ello se tomará como guía lo que el mismo Freud, propone al comienzo de la presentación del cuadro clínico:

Por la naturaleza de las cosas que constituyen el material del psicoanálisis, se infiere que en nuestros historiales clínicos debemos prestar atención a las condiciones puramente humanas y sociales de los enfermos como a los datos somáticos y a los síntomas patológicos. Por sobre todo, nuestro interés se dirigirá a las relaciones familiares de los enfermos. Y ello no sólo en razón de los antecedentes hereditarios que es preciso investigar, sino de otros vínculos, como se verá. (Freud, 1905: 18) (El subrayado es mío)

El presente trabajo planteará estos pasos sugeridos por Freud como tres ejes posibles para el análisis, abordando solamente los primeros dos por una cuestión de espacio:

- 1) Las causas puramente humanas y sociales
- 2) Los datos somáticos y los síntomas psicopatológicos
- 3) Las relaciones familiares de los enfermos

Por las **condiciones puramente humanas y sociales** es posible comprender el contexto histórico en el que la vida del paciente se inserta, vale decir las condiciones materiales de su existencia, determinadas por la configuración socioeconómica propia de la época en la que vivió, como así también la cosmovisión dominante en ese tiempo. Nos limitaremos en un primer momento a describir de acuerdo a estos parámetros, el lugar que ocupó la mujer en la sociedad vienesa en las postrimerías decimonónicas. En particular haremos referencia a la pujante burguesía a la que no sólo Ida Bauer, (verdadero nombre de Dora) y los miembros de su familia pertenecían, sino además el mismo Sigmund Freud y los suyos. Nos serviremos aquí del libro de Eric Hobsbawm “*La era del Imperio, 1875-1914*”, en particular nos referiremos al capítulo 8 “*La nueva mujer*” (Hobsbawm, 1987: 202- 228), del libro de Hannah S. Decker “*Freud, Dora, and Vienna 1900*” (Decker, 1992) y del tomo 8 de la colección dirigida por Phillipe Ariès y Geroge Duby “*Historia de la vida privada*” (Ariès y Duby, 1989).

En un segundo momento intentaremos indagar el tratamiento que en la época se daba a **los datos somáticos y los síntomas psicopatológicos**, y con esto la concepción de histeria y cuerpo femenino. Para ello seguiremos las elaboraciones de Flavia Hofstetter, de Hanna Decker y de Gladys Swain (Swain, 1994), intentando aplicar los conceptos al caso Dora, en búsqueda de las causas sociológicas de la histeria.¹

Finalmente a modo de cierre, propondremos algunas hipótesis para la reflexión sobre los interrogantes que llevaron a la confección del presente trabajo

Las causas puramente humanas y sociales

Hacia fines del siglo XIX se dio un proceso radical de transformaciones a nivel mundial. No es este el lugar para explicar detalladamente los motivos de dicho cambio, sólo nos limitaremos a señalar que el aumento exponencial de la producción a raíz de la Revolución Industrial, implicó el impulso de expansión de un puñado de países europeos hacia el resto del mundo, para colocar sus productos en nuevos mercados, tal como lo señala Eric Hobsbawm (Hobsbawm, 1987). Quedó trazada así la división entre los llamados países desarrollados y países dependientes, a través de una línea marcada a fuerza del nuevo armamento provisto por la industria. Este mundo emergió como una verdadera unidad global, en que circulaban bienes, personas, capitales e ideas, gracias al incremento cuantitativo y cualitativo de los nuevos modos de conexión: ferrocarriles, barcos a vapor y telégrafos.

Una de las consecuencias del nuevo modo de producción fue el aumento *in crescendo* de la densidad demográfica a nivel mundial, y de la población urbana y conurbana, añadiéndose a Londres tres ciudades en la lista de las que sobrepasaban el millón de habitantes: París, Berlín y Viena. Hobsbawm resalta que un desarrollo de tamaña envergadura implicó un cambio en la calidad de vida de las personas, produciéndose un aumento en la expectativa de vida y un descenso notable en la mortalidad infantil (Si bien el llamado tercer mundo continuaría teniendo al hambre como una amenaza epidémica).

¹ El tercer punto **Las relaciones familiares de los enfermos**, a desarrollar en un próximo trabajo, buscará indagar las determinaciones epocales de la mirada freudiana sobre el caso Dora y la razón del fracaso del análisis de su paciente, atendiendo además a la historia particular de Freud. Una fuente de ayuda para este punto sería el texto de Appignanesi y Forrester (1996) “Las mujeres de Freud”, que podría ser a su vez matizado con la ponencia de Francisco Otero (1995) “Las cartas de Freud a Fliess: el caso Dora, la historia y la novela”.

En el decenio de 1890, Europa se erigía como núcleo del desarrollo capitalista que estaba dominando y transformando al resto del planeta, siendo además el componente más importante de la economía mundial y de la sociedad burguesa.

A partir de esta somera descripción económica, es posible comprender por qué se impuso la necesidad de las transformaciones políticas y el surgimiento de los Estados-nación liberales constitucionales:

Un país “avanzado” tenía que ser un Estado territorial más o menos homogéneo, soberano y lo bastante extenso como para proveer la base de un desarrollo económico nacional. Tenía que poseer un conjunto de instituciones políticas y legales de carácter liberal y representativo, tenía que poseer un grado suficiente de autonomía e iniciativa local. Debía estar formado por “ciudadanos” que disfrutaban de una serie de derechos legales y políticos básicos, más que por corporaciones u otro tipo de grupos o comunidades. [...] Sin embargo en el mundo « desarrollado» era el dinero o la falta de él, más que la cuna o las diferencias de estatus o de libertad legal, lo que determinaba la distribución de todos los privilegios... (Hobsbawm, 1987: 32)

A esta clase de ciudadanos con nuevos privilegios pertenecía la familia de Dora. Ida Bauer, nació en Viena en el año 1882, en el seno de una familia judía. Sus padres, Phillipp Bauer y Katharina Gerber provenían del interior de Bohemia, y habían migrado junto a los abuelos de Ida a Viena después de la segunda mitad del siglo XIX, como tantos otros judíos que escapaban de la animosidad checa y la vida de los guetos, y que aprovecharon el impulso de la industria y las nuevas libertades adquiridas, para radicarse en la ciudad una vez que los judíos adquirieron ese derecho en 1848 (Decker, 1992; 21). Recordemos que la historia de los judíos en Bohemia estuvo marcada a lo largo de los siglos por expulsiones sorprendidas, leyes denigrantes (como la prohibición de casarse y tener hijos) e impuestos excesivamente altos, lo que los subsumió durante mucho tiempo en la pobreza y la ilegalidad. En los últimos años del siglo XVIII, el Emperador José II motivado por las ideas de la Ilustración en contra de la discriminación, pero sobre todo con el deseo de volver más útiles a los judíos a los fines del Estado, promulgó el Edicto de Tolerancia, en el que quedaban abolidas las leyes antijudías y les otorgó a los judíos el derecho (o más bien la obligación) de estudiar en las escuelas alemanas, aprender allí el lenguaje y la cultura germana, en tanto que los obligaba a abandonar su propia cultura religiosa, y su lengua, el idish.

Es así como Hannah Decker concluye que llegan los Bauer a convertirse en parte de la burguesía dedicada a la industria textil:

Pollerskirchen (la ciudad natal de Phillipp Bauer, hoy Úsobi, perteneciente a la República Checa) was also a part of an area surrounding the Moravian town of Iglau (Jihlava), a region long known for the manufacture of woolen cloth. From the earliest days of industrialization, Jews had played a role in the development of the local woolen industry, probably starting as a middlemen between producers and consumers. If the Jewish merchant was successful, he could accumulate enough capital to hire artisans to work for him. Therefore, after Joseph II's Edict of Toleration, a Jew in the area around Iglau might come to woolen factory [...] Either Phillipp Bauer's family was involved in some aspect of woolen production while they still in Pollerskirchen, or they turns to it after the family arrived to Viena. (Decker, 1992: 42)

El Edicto de Tolerancia significó un cambio rotundo en la historia de los judíos de Bohemia, en la medida que les permitió explotar al máximo y con una libertad inédita, su ocupación de intermediarios entre la producción y el consumo: Levantando las primeras fábricas con mano de obra asalariada, cuidando el capital para reinvertirlo en maquinarias y abaratar costos, estos judíos se convirtieron en los miembros de la primera generación de la burguesía industrial europea, protagonista de las transformaciones mundiales mencionadas más arriba. Cabe destacar además, que al verse cobijados bajo las alas de la imponente cultura germana, la adoptaron con orgullo como propia, dejando de lado sus tradiciones religiosas, e incluso incorporando las cristianas (De hecho, según Appignanesi y Forrester (1996: 187) Ida se convirtió al cristianismo en 1905, después del nacimiento de su hijo, y en el mismo año de la publicación del historial).² El ascenso económico de los Bauer, según Decker, se evidencia en el hecho de haberse mudado del 2do al 9no distrito en Viena, de un barrio humilde a uno floreciente y lujoso, dentro de las pocas manzanas en las que vivían los judíos más acomodados. Eso era algo de lo poco que conservaban como costumbre judía, la endogamia comunitaria. En ese barrio vivía Freud también, a unas pocas cuadras de distancia.

A causa de la contracción de tuberculosis Phillip, tuvo que dejar la administración de sus fábricas en manos de su hermano Karl. Así fue que la familia (Phillip, Katherina, Otto –el hermano mayor de Ida- e Ida) se trasladó a Merano, una ciudad emplazada en un valle, rodeada por altas montañas, con clima propicio para la cura de enfermedades respiratorias. Allí iban las familias pudientes de Viena a reposar por padecimientos de este tipo. Ida tenía entonces tan sólo 6 años, y Decker nos invita a reflexionar sobre el impacto que pudo haber tenido para ella alejarse de su ciudad, de su familia, de su tía paterna querida, y llegar a un pueblo en el que la mayoría de los habitantes estaba enferma, incluyendo a los pocos niños que allí vivían. De hecho, sus síntomas comienzan a aparecer después de esta mudanza, entre los 7 y 8 años de edad. En Merano es donde conocen y se hacen muy amigos de los K (la pareja Zellenka), un matrimonio con dos hijos, también judíos en ascenso económico: él era agente comercial (lo que como sabemos por el texto de Freud lo obligaba a viajar mucho), mientras que ella poco podía hacer debido a su tendencia a enfermarse (aunque después Dora revela que era una simulación para evitar al marido). Es Hans Zellenka quien unos años después, cuando Phillip entra en la tercer fase de una sífilis contraída antes del matrimonio³, le recomienda que vaya a verlo a Freud. Como Freud logra apaciguar su malestar, se convierte en un médico de confianza, y es por eso que años después llevará

² Decker sugiere que fue tal su grado de entrega, convicción y lealtad respecto de esta cultura, dadora de una calidad de vida radicalmente mejor, que no se percataron del alcance que tendría el antisemitismo gestándose a su alrededor, en este caso sobre todo entre las clases oprimidas checas, y que en algunas décadas no sólo negaría su pertenencia a ese mundo, sino que los convertiría a ellos junto con el resto de los judíos de Europa, en víctimas del genocidio más atroz que haya conocido la humanidad

³ Hacemos mención aquí de lo usual que era la contracción de enfermedades de contagio sexual en una época en que la edad entre la pubertad y el matrimonio se extendía como nunca antes. (según Decker, Phillip tenía 26 años cuando se casó). Era muy frecuente que los jóvenes recurrieran a los servicios de prostitutas para saciar su deseo, exponiéndose a estos peligros. Como además se cuidaban de guardar en secreto todo el asunto, se sumaba al peligro de portación de enfermedad, el de perder la oportunidad de contraer matrimonio, y muchas veces llegaban a desplegar después síntomas graves, no tratados a tiempo o debidamente. (Ver Ariès y Duby, 1989: 213, 214, 270). Probablemente éste fuera el caso del padre de Ida, que logró confiar en Freud, y así recuperarse. Asimismo es probable que por esta razón su mujer adquiriera la obsesión por la limpieza. Freud afirma que Ida se enteró de esta enfermedad, y culpaba a su padre por su propio malestar, por considerar al catarro vaginal, que tanto ella como su madre padecían, como un mal hereditario producto de la sífilis paterna, concepción habitual en la época.

a Ida a atenderse con él. Basta remitirse al historial para conocer los datos de la opereta vienesa, tal fue la descripción lacaniana, en que Ida aparece como un personaje más hasta el momento del desencadenamiento de su neurosis. Aquí nos limitamos a señalar el lugar que ocupó como enfermera de su padre y niñera de los hijos de los Zellenka, rol que con frecuencia interpretaban las jóvenes en este contexto.

Hasta aquí realizamos un recorrido somero por los puntos importantes que permiten evidenciar las condiciones socioeconómicas en las que vivieron los Bauer y los Zellenka. Podemos imaginar cómo ese mundo global del que hablábamos más arriba se trazaba también en los caminos de esta familia que iba y venía del interior donde se encontraban sus fábricas textiles y sus parientes. Cuando Freud presenta a Phillip como un *pater familias* “de vivacidad y dotes nada comunes; un gran industrial, con una situación muy holgada” (Freud, 1905:18), no es dado pensar cómo este hombre que era “resourceful, forceful, ambitious” (Decker, 1992: 46) se abrazó a las ideas liberales y dirigió sus esfuerzos en conseguir el progreso económico que la oportunidad le ofrecía, probablemente a fuerza de explotar duramente a los trabajadores en sus fábricas. Sin embargo, hay que resaltar que la otra cara de la moneda fue la actividad política de su hijo Otto, reconocido socialista, desarrollador de la teoría del austromarxismo.

¿Cuál es la cosmovisión que emerge a partir de esta base, y que nutre a la estructura psíquica con la que se encuentra Freud en el análisis de Dora?

El advenimiento del individuo

Entre los numerosos efectos de la Revolución Industrial, uno de los que mayor impacto tuvo en la historia de la cultura fue el advenimiento del individuo como ser social al que se dirige la economía, en la medida en que es, no sólo quien en su afán busca enriquecerse, sino además y sobre todo, quien consume.

Corbin, en el capítulo llamado el “El secreto del individuo” (Ariès y Duby, 1989: 121-204), realiza un recorrido por la “acumulación de los símbolos del yo y de los signos de posesión individual” (Ariès y Duby, 1989: 123), los que hoy forman parte natural de nuestra vida, pero que tienen menos de 200 años de existencia. Para evidenciar esta afirmación, nos limitaremos a nombrar algunos de los hitos descritos por el autor, a fin de aportar una reflexión a la desnaturalización del individuo, y a partir de ahí comprender el contexto de surgimiento de la forma específica de la histeria en a finales del siglo XIX.

Entre estos símbolos del yo se encuentran: la presencia obsesiva del nombre propio, rúbrica del individuo en los objetos; la difusión del espejo como mobiliario del hogar, sobre todo en la ciudad, que impone una nueva mirada sobre sí mismo y hace posible la organización de una nueva mirada corporal; la aparición del diario íntimo que permite contabilizar la existencia, realizar un examen del yo, descargar la angustia, constituir la memoria y la identidad; la nueva distribución del espacio, con la aparición de la alcoba propia o la *toilette* (tan mencionada por Dora) que genera las condiciones de existencia del monólogo interior, causado en parte como respuesta a la represión moralista de la sexualidad y sus manifestaciones.

Todos estos elementos, y muchísimos otros que están plasmados magistralmente en el libro “Historia de la vida privada”, permiten acaso establecer una conexión entre esta

construcción imaginario del yo⁴ y la histeria en su presentación clínica específica propia de esta época (de la que hablaremos en el siguiente apartado), y también con conjunto de las neurosis y con psicoanálisis como disciplina, ¿Sin el advenimiento del individuo en el siglo XIX, hubiese sido posible el descubrimiento del Inconsciente? Sin la posibilidad de que estos hombres y mujeres se detuvieran a pensar en sí mismos, a hacer el llamado examen del alma, a reflexionar en sus relaciones con los otros, en el padecimiento en el cuerpo ¿Hubiese existido el inconsciente?

La Nueva Mujer

El primer efecto novedoso que Hobsbawm halla con respecto al rol de la mujer y que tiene alcance mundial se vincula con el declive de la fecundidad (Hobsbawm, 1987: 203-207), gracias a la elevación de la edad de la mujer en la contracción del matrimonio como así también al incremento del número de solteras. De ambas tenemos ejemplos en el historial freudiano, ya sean la madre de Dora o la Sra. K que tienen sólo dos hijos, o la prima que permaneció soltera y cuya hermana contrajo matrimonio antes que ella. Según el historiador el control de natalidad es un índice de cambios culturales importantes: Se esperaba que los hijos tuvieran una mejor calidad de vida, (deseo inconcebible en el período preindustrial, ya que por un lado la movilidad social era nula, y por el otro la economía hogareña se basaba en la cantidad hijos que aportaran con su mano de obra), la reducción del tamaño de la familia posibilitaba dedicar más tiempo, cuidado y recursos a cada uno de los hijos. Así es que Otto Bauer, en lugar de dedicarse al oficio de su padre, forma parte de la gran masa de judíos vieneses que asiste a la Universidad.⁵

La segunda consecuencia de la industrialización sobre la situación de la mujer fue mucho más drástica: separó al hogar del puesto de trabajo. De este modo la excluyó en gran medida de la economía: mientras antes trabajaba con el hombre codo a codo en la producción doméstica, a partir de ahora sólo él procuraría el sustento en los nuevos espacios de trabajo. El rol de la mujer quedó establecido fijamente dentro del hogar, criando hijos y administrando las faenas familiares. Según el autor, esto complicó su tradicional inferioridad respecto al hombre, mediante una nueva dependencia económica. Otra vez tenemos aquí a las dos mujeres casadas del historial (la madre y la Sra. K) dependiendo económicamente de sus maridos. Recordemos la ya mencionada descripción que Freud hace de Phillip, mientras que a Katharina Gerber la concibe como una mujer “de escasa cultura, pero sobre todo poco inteligente”, y directamente la diagnostica con un cuadro de “psicosis de ama de casa” (Freud, 1905: 19). En este punto cabe destacar que Hobsbawm presenta una crítica a una mirada absolutamente victimizada de la mujer: de esta debilidad las sujetos femeninas hicieron una estrategia económica, convirtiendo al matrimonio en una carrera abierta al talento, como lo hacían los hombres de su profesión. Aprendieron a manejar el sistema y desempeñaron por lo tanto un rol activo en el mismo. Es necesario a su vez no juzgar anacrónicamente este rol, entendiendo que se actuaba con la convicción de que el buen marido se definía de acuerdo al salario.

En 1880 se da la emancipación de la mujer, y tanto Hobsbawm como Swain consideran que estaba implícita en la democratización de la política y la ideología

⁴ Es interesante la postura antifreudiana del autor que remarca la historicidad del sueño, y las transformaciones del contenido onírico en esta época. (Ariès y Dubby, 1989: 177)

⁵ Cabe aclarar que estas descripciones no se aplican a la mujer del espacio rural, que continúa manteniendo las costumbres de los siglos anteriores.

liberal: el principio de igualdad de derechos y oportunidades se ampliaría inexorablemente a la mujer burguesa⁶.

Dos observaciones interesantes que hace Hobsbawm sobre la publicidad y sobre el devenir del rol de la mujer en una sociedad capitalista cada vez más voraz, nos dejan pensando respecto de la causación no sólo política sino económica de la emancipación femenina: Por un lado, como se mencionó más arriba, una sociedad con un aumento de la productividad sin antecedentes, necesitaba colocar sus productos donde pudiera. Así, la publicidad, en su primer boom en el mercado, tenía que centrarse en la mujer, porque el dinero había que obtenerlo de la persona que decidía la mayor parte de las compras del hogar. Para lograr que la mujer consumiera, tenía que ser tratada con mayor respeto: se industrializó ese respeto, a través de la adulación y la exhibición. Por otro lado, la sociedad burguesa, por su propia ideología implicaba en contradicción dialéctica, un impulso a la emancipación femenina: el sufragio femenino, la educación igualitaria, etc. El problema era que económicamente se necesitaba una mujer dependiente, pero la nueva ideología exigía su independencia e igualdad. La solución que dio el mercado en la primera década del siglo XX fue el lanzamiento de cocinas a gas, aspiradoras, planchas eléctricas y lavarropas. Así mujer podía seguir sometida a la dependencia masculina, pero con tiempo suficiente para ser librepensadora o profesional

En este sentido más que sugerente es el texto Corbin en “La Historia de la vida privada”, que arroja a nuestro entender una luz muy interesante sobre el lugar de la mujer a en la especificidad de fines del siglo XIX y comienzos del XX, y así nos permite reflexionar sobre los aspectos sociológicos de la histeria en esta época determinada, y en particular del caso aquí tratado. Se dice del siglo XIX que fue el siglo de la época victoriana, de la represión de la sexualidad por excelencia, del sometimiento de la mujer por el poder masculino. Y los investigadores sostienen que el concepto de mujer que se tiene en el siglo XIX es el de la

...bipolaridad femenina: La mujer está siempre por pecar debido a su naturaleza más próxima a lo orgánico [...] Debe ser exorcizada, vive bajo la amenaza de fuerzas que delatan su exceso, propio de la histérica y la ninfómana [...] Los novelistas ayudan a la creación de esta imagen de mujer devoradora, que provoca el miedo del hombre a la mujer y “se impone más que nunca la urgencia de apaciguar la sexualidad de su compañera y someterla al orden masculino.” Pero quien dice demonio, dice ángel también, y al parecer el siglo XIX se va a encargar, con la ayuda de la religión, de dar cuenta de la mujer como “ángel bueno del hombre” Una vez más leemos como la mujer es en función del hombre; él está en el centro, en el orden, en la ley, y ella se las arregla como puede a su alrededor, ya sea siendo ángel, demonio, histérica, pero en todo caso siempre definida por el hombre. (Hofstetter, F: 9)⁷

⁶ Algunos de los síntomas de esta emancipación fueron: El ingreso de las mujeres en la educación secundaria y universitaria; la mayor libertad de movimientos en la sociedad; la aparición de vestidos más sueltos, el uso de la bicicleta, las vacaciones en los centros de veraneo. Esto nos recuerda por ejemplo al relato de Dora, caminando sola por las calles de Dresde, rechazando que su primo, un hombre, la acompañara, y que permaneciera a su gusto durante dos horas frente a la Madona, la madre virgen, que no necesitó del hombre para concebir. (Freud, 1905: 85)

⁷ Para las citas traídas por la autora ver Ariès y Duby, 1989: 221

En el libro de Ariès y Duby se presenta a esta mujer del siglo XIX sometida por las normas del pudor y la vergüenza, despojada de su sexualidad, velando su desnudes al niveles exacerbados, despojada de su sexualidad, exiliada del placer, prestaba su cuerpo para el uso exclusivo del hombre con fines reproductivos. Tal sería su dependencia, que se podría pensar al género femenino como una propiedad privada del hombre. El mismo Freud en sus palabras preliminares acusa al espíritu de la época de haber “llevado a un extremo” la mojigatería con la que se trataba en su tiempo a las jóvenes. Veamos qué transformaciones implicó el advenimiento de la nueva mujer en la histeria y en la construcción del cuerpo femenino.

Los datos somáticos y los síntomas psicopatológicos

En este marco es posible pensar en “histeria y subversión, en histeria y aspectos sociales de la mujer.” (Hofstetter, F: 7), en el que el cuerpo de la mujer denuncia la alienación que implica ser propiedad privada del género masculino, siendo que es más bien una propiedad privada *al* género masculino. Los síntomas histéricos podrían concebirse como una denuncia de la mujer respecto de su desposesión corporal. Gladys Swain señala que fue la “ciencia del cuerpo quien, a través de su desarrollo exacto, descorporeizó la histeria” (Swain, 1996: 16) Con Hofstetter podríamos entonces indicar, que detrás de esas fuerzas naturales se oculta el goce del hombre, que quiere nombrar, poseer, controlar eso de lo que está privado del cuerpo femenino. No hay que olvidar que además del “sobreabundante discurso médico sobre la mujer en cuanto tiene de biológicamente femenino” (Swain, 1994: 3) la comunidad científica intervino su cuerpo con algo más que palabras. Es muy iluminador en este sentido el primer capítulo del libro de Decker (Decker: 4-13), en el que presenta un relevo de cada uno de los tratamientos existentes en la época, para los síntomas que componían la *petite hystérie* (Freud, 1905: 22) de Ida: Intervenciones inútiles y torturantes, que poco tenían de “*petite*” y a las que fue probablemente sometida Ida Bauer a lo largo de sus jóvenes años, por sus médicos antes de llegar al consultorio de Freud, y que deberían ser tenidos en cuenta a la hora de desentrañar la resistencia de Dora al tratamiento, sin dar por sentada su *belle indifference*.

Before Dora began seeing Freud, the doctors to whom she had been brought had diagnosed her as suffering from a nervous complaint and had treated her with the standard methods used for hysterical symptoms. A very wide of treatments existed, as is usual when the causes of any illness are essentially unknown. Freud recorded that Dora’s previous treatments had included the direct application of electricity to her vocal cords, and hydrotherapy. It is almost certain that she had also received electrical stimuli to other parts of her body, as well as a gamut of routinely prescribed drugs. (Decker, 1992: 7-8)

Sin embargo, si bien es cierta esta descripción para la mayor parte del siglo XIX, es necesario matizarla y señalar que hacia 1860, y bajo la presión que el burgués comienza a sufrir a causa de su moral estricta, se produce lo que Corbin llama el “advenimiento de la sexualidad”. (Ariès y Duby, 1989: 246)

“el código romántico del amor se disuelve. Con él se desvanecen en la mujer los sobresaltos de la transgresión; la seducción se banaliza... la mujer se decide a provocar abiertamente el deseo; se adorna de nuevo con los pesados adornos de almizcle. Aparece la hierática princesa de marfil” (Ariès y Duby, 1989: 246)

Si antes el rol de la mujer en la relación sexual era el de prestar su cuerpo a la reproducción, o bien al de la descarga del deseo masculino en el caso de la prostitución, ahora el placer femenino se hace oír. Con el auge de la tentación ancilar comienza la degradación de la figura de la esposa virtuosa, quien para no ceder al estatus social que otorga la criada, y para no perder la fortuna que había conseguido al casarse, tolera la promiscuidad en el hogar. Esta nueva imagen de la esposa

...incita la transferencia del deseo viril hacia la mujer casada [...] La mujer adúltera, engaña a su marido con un hombre de su mismo medio. En la mayoría de los casos, otorga sus favores a un caballero de su edad. El análisis de los archivos judiciales da a entender que la mujer que engaña tan sagazmente a su marido con un amante único, apenas experimenta remordimientos de conciencia. Su relación le parece simplemente la consecuencia del mal funcionamiento de la pareja conyugal. Llegado el caso, verá en aquel engaño una réplica a la deslealtad o sífilis del marido. (Ariès y Duby, 1989: 257).

Esta imagen de la mujer, nos recuerda más a la presentada por Hobsbawm para esta época, incluso el autor señala respecto del adulterio que es posible que se hiciera más frecuente a raíz de la autoafirmación de la mujer, ya sea al estilo de Madame Bovary o al estilo más liberal francés, en que maridos y esposas podían tener amantes, siempre y cuando respetaran las convenciones. Las grandes ciudades aparecen como el espacio ideal para mantener la discreción y el anonimato.

Teniendo esto en cuenta, se evidencia cómo la relación configurada entre los Bauer y los Zelleka, con las institutrices de por medio, no responde a las normas victorianas de la moral sexual, sino más bien a su aflojamiento. Aflojamiento tal vez desmesurado, público, sin cuidado. Cuando Ida desencadena su neurosis, denuncia el romance de su padre con la amiga de la familia:

El papá era insincero, tenía un rasgo de falsía en su carácter, sólo pensaba en su propia satisfacción y poseía el don de arreglar las cosas para su propia conveniencia: a menudo debí oír la crítica de labios de Dora, particularmente cuando el padre sintió de nuevo que su estado empeoraba y viajó a B por varias semanas, tras lo cual la penetrante Dora pronto averiguó que también la señora K había hecho un viaje a ese mismo lugar para visitar a unos parientes... Se le imponía la idea de que había sido entregada al señor K, como precio por la tolerancia que este mostraba hacia las relaciones entre su padre y la señora K (Freud, 1905: 31).

Se presenta aquí a la señora K como una Nueva Mujer, que despierta el deseo del padre de Dora. Una mujer que no siente culpa por su actitud adúltera, y más aún, esta actitud pareciera estar implícitamente acordada con su marido. Una mujer que habla libremente de las cuestiones de la sexualidad con Dora, que discute con su marido, que pareciera ser habitar su cuerpo con más dominio propio (Swain, 1994: 6) Y Phillip es un hombre que ahora está dispuesto a dotarla de placer: y nos referimos por supuesto no sólo a las joyas y los viajes con su amante, sino a la referencia del *cunnilingus* (recordemos la rectificación lacaniana de la interpretación de la tos de Dora como símbolo del sexo *per os*, en la que el psicoanalista francés explica más bien se trataba del padre impotente dando sexo oral a la Sra K. (Lacan, 1951). Poco hayamos aquí de la moral victoriana, pareciéramos estar en presencia de esa

Y entonces Ida, habla a través de su cuerpo y de su delirio, porque su voz no tiene lugar en este contexto. Pero no tiene lugar en un contexto de liberación de la sexualidad más que de represión de la misma. Acaso la negación del placer y del cuerpo femenino estallara finalmente en el goce sin límites que es posible encontrar en el caso. Dora desencadena en la escena del lago, cuando el Sr K, después de cortejarla, finalmente pronuncia las mismas palabras que le decía a cualquier institutriz, con la que él mismo engañaba a su esposa: “Usted sabe, no me importa nada de mi mujer” (Freud, 1905: 87) Es así que ella es invitada de forma explícita a participar de este goce sin velos. Su histeria se constituye en una protesta, una resistencia a ese goce.

Conclusiones

Ida se convierte así en un caso paradigmático del pasaje del concepto de feminidad victoriana al de la época contemporánea. El primero representado tal vez por la madre, acallada por el entorno, subsumida en su rol de ama de casa, que le otorga una identidad y una seguridad que su pareja no le proporciona en los aspectos del amor. Despreciada como mujer, se mantiene al margen de las relaciones extramaritales de su esposo, y no puede abandonar ese lugar tan enquistado que la sociedad le deparó, incluso cuando su hija se lo pide a fuerza de desplegar una histeria. El segundo, representado por la Sra. K, que descubre las libertades que la emancipación femenina de las postrimerías del siglo XIX le depara, y avanza junto con los dos hombres de su vida hacia ellas.

En el medio queda Dora. Tal vez sea posible aplicar el concepto de sujeto dividido para ella, que presenta Gladys Swain, acaso también el de subjetivación del cuerpo, en la medida en que ella no acepta prestar su cuerpo al goce incestuoso que le proponen los adultos, y elige en cambio, desencadenar una histeria, se hace dueña de su cuerpo, y despliega en él la denuncia de que sólo a ella le pertenece. Estas son sólo algunas hipótesis que abrirían la posibilidad de una próxima investigación

A modo de cierre señalamos que hemos podido dar cuenta de los aspectos socioeconómicos que generan las condiciones de existencia de la histeria de fines de siglo XIX, y hemos aplicado tales elucidaciones al caso Dora. Resultó muy esclarecedor colocar en contexto el texto freudiano, sin lo cual se nos hubieran escapado estas últimas reflexiones. A su vez este trabajo nos permite reflexionar sobre el sujeto como ser social, en el que confluyen las corrientes de la historia y que sedimentan el terreno de su novela personal. Y así también el acto individual, la elección, desde esta perspectiva cobra un renovado valor, en la medida en que se estima a la singularidad sobre el verdadero trasfondo de sus condiciones de existencia.

Bibliografía primaria:

- Freud, S. (1905) Análisis fragmentario de una histeria. (Caso Dora). En *Obras completas*. Vol I. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.

Bibliografía secundaria:

- Appignanesi, L. y Forrester, J. (1996) Dora: un fracaso ejemplar. En *Las mujeres de Freud*. Buenos Aires: Planeta.
- Ariés, Ph; Duby, G (1989): *Sociedad burguesa: aspectos de la vida privada. Historia de la vida Privada*, Tomo 8, Madrid: Taurus
- Decker, H. S. (1992). *Freud, Dora, and Vienna 1900*. Simon and Schuster.
- Hobsbawm, E. (1987): *La era del Imperio, 1875-1914*. Buenos Aires: Planta, 2007.
- Hofstetter, F: *Histeria y feminidad en el siglo XIX*. En www.elseminario.com.ar
- Lacan, J. (1951): *Intervención sobre la transferencia*. En Escritos 1, México: Siglo XXI, 1984
- Otero, F. J. (1995). Las cartas de Freud a Fliess: El caso Dora, la historia y la novela. *Reflexiones*, 40(1), 3.
- Ríos Saloma, M. F. (2009). De la historia de las mentalidades a la historia cultural: notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX. *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, (37), 97-137.
- Swain, G. El alma, la mujer, el sexo y el cuerpo. La metamorfosis de la histeria a fines del siglo XIX. (1994) [Fuente: *Dialogue avec l'insensé*, Paris, Gallimard. Cap: "L'ame, la femme, le sexe et le corps"] Trad. J. Bucci. Instituto de Enseñanza Superior en Lenguas Vivas "Juan Ramón Fernández". Residencia de Traducción. En www.elseminario.com.ar)